

LOS DOS VERDUGOS

POR

F. GONZALEZ DIAZ



50
cts

ALVARO RODRÍGUEZ LÓPEZ

Servicio fijo semanal para
los puertos de
Las Palmas, Norte y Sur de Tenerife
e islas de la
Gomera y Palma,
por los vapores
"Sancho II", "Santa Ursula",
"Carmen" y "Bure"



Para más informes: Marina, 12.

Teléfonos: 529 y 514

SANTA CRUZ DE TENERIFE

EDITORIAL IRIARTE

NOVELISTAS CANARIOS

LOS DOS VERDUGOS

El loco que todo lo vió y lo supo

El niño que murió por amor al Niño Jesús

Tres cuentos de Francisco González Díaz

Ilustraciones de Francisco Borges.



Imprenta de J. Béthencourt Padilla
Tenerife

NOVELISTAS CANARIOS

Publicación quincenal ilustrada

Director: Eduardo Diez del Corral

Precios de suscripción:

(Pago adelantado)

ESPAÑA

EXTRANJERO

Año. . . . 11 ptas.

Año. . . . 15 ptas.

Trimestre . 3 »

Semestre . . 8 »

En Santa Cruz de Tenerife y en La Laguna se admiten suscripciones por un mes al precio de *una peseta*.

Los señores suscriptores de fuera de Santa Cruz y La Laguna, podrán efectuar sus pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

Dirección y Administración: General Antequera, núm. 12.

(Toda la correspondencia al Director)

Prohibida la reproducción del texto

Manuel Cruz

Agente de la
Compañía Transmediterránea
y de la
Norddeutscher Lloyd
de Bremen.

Comercio al por mayor de
abonos químicos y materiales
de todas clases para el
empaquetado de frutos.



Oficinas: San José núm. 10
Almacenes: Rambla 11 de febrero
Santa Cruz de Tenerife

PESIMISMO, IRONIA, SÁTIRA...

Estas páginas no se relacionan directamente con los cuentos que las siguen, pero definen de manera insuperable el temperamento literario de su autor.

El rictus del dolor y la mueca de la risa, Heráclito y Demócrito, llorar y reír... He ahí las dos manifestaciones, las dos direcciones del pensamiento, de la poesía en general, y aún de la existencia humana. Yo preferiría hacer reír; para llorar siempre hay tiempo...

En los días nublados pedimos el sol, como Osvaldo se lo pedía a su madre. Y cansados de pedirlo y de que no nos lo den, a veces, con un trabajo desgarrador, lo sacamos de nuestro propio seno...

El claro-oscuro, lo cómico-serio, he ahí todo; todo, pero si suprimís la luz suprimís la sombra, y si suprimís la sombra no suprimís la luz... Hay infinitos resplandores difusos que no la proyectan, que no tienen proyecciones penumbrosas: luz perdida en el espacio... La esencia del hombre, su inmortalidad, es el pensamiento volando a las alturas...

Lo cómico es un desequilibrio. Desde los orígenes de la literatura Homero lo representó en

Tersites; más tarde Shakespeare lo personificó en Caliban y Falstaff, Cervantes en Sancho Panza, Rabelais en Pantagruél y Gargantúa, personajes regocijados que interrumpen la solemnidad del poema, de la novela y del drama. Así en el vivir humano cada uno de nosotros lleva consigo, siquiera sea para mostrarlo alguna vez, alguno de esos bufones de la eterna farsa... Si reimos ante un espectáculo reidero, provocador de hilaridad, es que uno de aquellos tipos inventados por el genio se ha metido dentro de nosotros. Su carcajada es nuestra carcajada.

¡Qué enorme esfuerzo se necesita para ver el sol en los días nublados! No basta pedirlo, como Osvaldo lo pedía: es necesario volverlo a crear usurpándole a Dios el papel de Creador; meterlo, aunque no esté presente, en nuestras almas, previo un afán de petición ardiente, delirante a las nubes que nos lo ocultan; formarlo de nuevo, sacarlo de dentro afuera... Las nubes huyen: el astro aparece, se hace en nuestras entrañas luminosas de creadores atormentados. Nuestro alumbramiento es un deslumbramiento. ¡Hemos parido nuestro sol! Y la alegría, que tiene mucho de radiación solar, que tiene algo de dulzura de miel, entonces nos endulza y nos aclara...

Yo, en medio de las cerrazones del pensamiento contemporáneo, de que en tanto grado participo, suelo volver los ojos a la antigüedad clásica; aquella Grecia enamorada de la vida, tan enamorada que se emborrachó con ella, y se lo cedió todo, y acabó por adorarla y adorarse

en una especie de narcisismo nacional; me vuelvo hacia Grecia, y si procuro con Sócrates explorar los horizontes del espíritu viendo surgir por vez primera el dogma de la unidad de Dios, si procuro con Aristóteles y con Platón meditar sobre los problemas fundamentales, procuro también reír con Aristófanes, que sacude los cascabeles de su tirso y hace desternillar de risa a los espectadores de sus comedias. Y suele ocurrirme, aunque raramente, que mientras la alegría objetiva mueve mi pluma, se desliza en mi interior entenebrecido, como rayo de sol entre nubarrones tempestuosos. Entonces, ¡salve *laetitia rerum*, alegría de las cosas esparcida en la Creación, que yo miraba por un vidrio ahumado, y por eso no la veía, sólo veía la *tristitia rerum*! ¡Salve, delectación dionisiaca ante la naturaleza que se regocija de haber nacido, penetración panteísta en el inmenso arcano...! La sonrisa dilata mi cara, la risa rompe mi careta. Mientras pueden reír, los hombres dominan la vida; cesan de dominarla desde que cesan de poder reír. La risa es una fuerza y un imperio. Cuando los dioses reían con esa risa que se llama homérica, se estremecía el Olimpo y parecía que iba a desplomarse...

Se habla a menudo de mi pesimismo. Hasta se ha pretendido definir el pesimismo definiéndome. Entendámonos. El pesimismo, en mí, es clara visión interior: visión de la realidad que me rodea, tan triste, tan dura, tan amarga. Si fuera ciego, no sería pesimista. Los ciegos tie-

nen el optimismo de la no visión, afirman lo que no ven ni pueden ver. Creen vivir en el mejor de los mundos, como Pangloss, porque además de ser ciegos están sordos, insensibles, impenetrables para las cosas bellas que no perciben pero que adivinan. Observadlo: casi todos los ciegos son optimistas. Yo tengo exceso de vista interna, y porque veo el mal, porque no puedo negarlo, aspiro enérgicamente al bien desde el seno del mal, conquistador, dominador, déspota odioso. Yo no comprendo al pesimista cerrado y absoluto que, profesándolo hasta su última consecuencia, cae en el sueño definitivo del Nirvana, mata la voluntad, renuncia a la acción; pero menos comprendo al optimista que se embriaga con la vida, que la paladea como un vino generoso siendo un brebaje envenenado. Cuando se trate de mí, no se hable de pesimismo sino de sinceridad y visión completa. Si acaso, de un optimismo derrotado que se niega a huir y se resiste a morir...

Si se hablara de ironía, se estaría más en lo cierto. La ironía es *una sonrisa a través de una lágrima*, ha dicho Enrique Heine, uno de sus primeros maestros y definidores. Se ríe y se llora, como en las grandes crisis de júbilo; pero predominando el llanto, que se retiene, se derrama para adentro, no brota; la sonrisa lo encubre. La vida es también una gran crisis, una crisis continua, una crisis abrumadora en que se mezclan risa y lágrimas, pero aumentando sin cesar las lágrimas, vertidas o retenidas, y esto es lo más

doloroso. El ironista juega con el dolor al modo del escéntrico de circo que coge un puñal puntiagudo y lo hace correr y saltar como una pelota. En realidad se lo clava en el pecho, porque en ese juego azaroso la angustia de la expectación de la herida posible equivale a la herida misma. Nos herimos de pensar que podemos herirnos...

La sátira es la esgrima literaria: la pluma convertida en florete que busca el corazón, acaso estilete napolitano o daga florentina que producen rasguños sangrientos y hasta desgarraduras mortales... Sonríe, como la ironía, pero tiene la sonrisa ominosa. Sus frases son mordeduras, sus proyectiles están envenenados. Al arañar, al desgarrar, arranca trozos de piel con caricias felinas. Pero el ejercicio violento y peligroso, consistente golpes caballerescos... Voltaire lo encanalló al dirigirlo torpemente contra la Doncella de Orleans. Pablo Luis Courier no lo rebajó hasta el desenfreno de la injuria ni hasta el mal gusto de la grosería y la chocarrería. La sátira se agrava en el tumor maligno del libelo, que suele matar al que lo padece y dejar ileso al agente de su formación, al que lo provoca. Para escribir libelos geniales y por tanto permisibles, se necesita ser genio, tener con la alta estatura de Javenal la cólera sagrada de Isaías... Victor Hugo los arrojó como catapultas contra Napoleón el Pequeño en nombre de la democracia francesa traicionada por el golpe de Estado de Diciembre... Escupió al despotismo, y el despotismo lo encadenó a una roca como la ira divina encade-

nó a Prometeo, como la dèrrota encadenó al primero y grande Napoleón, águila de Francia...

Yo soy a menudo pesimista; a ratos irónico, a ratos sarcástico, a ratos optimista; pero nunca optimista con el optimismo de los imbéciles que carecen de visión... La Vida me posee y la poseo. Soy como ella es.

LOS DOS VERDUGOS

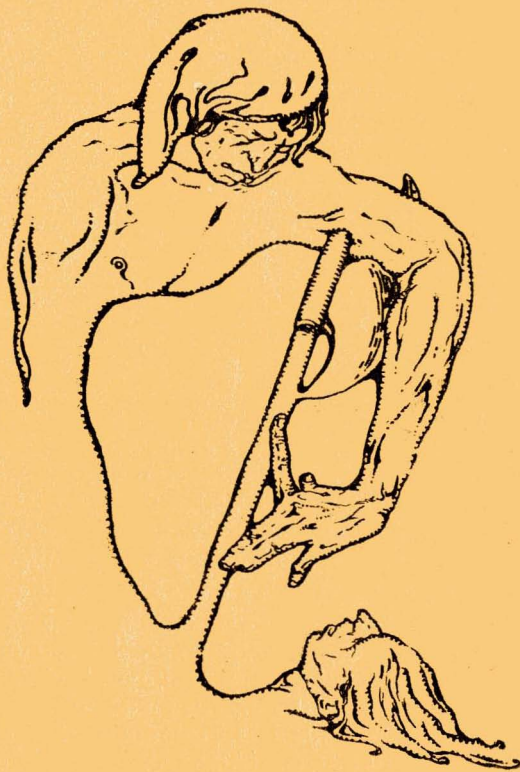
Sobre el verdugo, una víctima tan merecedora de compasión como sus propias víctimas, se han lanzado todos los anatemas. Debería, más bien, anatematizarse a la Fatalidad; pero decir Fatalidad equivale a no decir nada absolutamente. Maldecirla, maldecir al Destino, enmascarado que nadie conoce, ¿sería cuerdo, sería lógico? Pues antes de odiar al verdugo odiamos el mal, esa cosa terrible, implacable e invencible que le pone en las manos la cuchilla de la guillotina o el torniquete de la horca. No lo olvidemos: se llama ejecutor. Cumple un mandato: carece de responsabilidad. Siniestro maniquí, se mueve porque lo mueven...

Sin embargo, la muerte administrada por la naturaleza es cruel, el verdugo representa el horror de la muerte administrada por la justicia. Esto es demasiado grave. ¿Quién razona sentimientos de repugnancia hereditarios, nacidos en los últimos fondos de la conciencia humana, allí donde se oye la voz de nuestros instintos y nuestros pecados? Cuanto en el verdugo se execra, merece sin duda execración. Y esa víctima cae entre sus víctimas, todas sacrificadas en holocausto a la vindicta pública, completamente ciega. El culto a nuestro Moloch nos endurece.

El odio al verdugo, además, se justifica porque ese operario se mancha de sangre, y la sangre en los cauces de las venas es preciosa, pero derramada es odiosa. Ningún líquido pierde tanto precio al derramarse. Sólo el heroísmo o la santidad le dan belleza y nobleza. Sólo aparecen bellas y nobles las aras ensangrentadas con los sacrificios. Entonces se adora la púrpura del altar. El verdugo vierte la sangre del crimen, sangre negra... El verdugo, por otra parte, empieza criminal, sigue en degenerado y finaliza en sirviente del patíbulo... Su carne está maldita; su vida *se ignora*, porque vale más olvidarla. Nos la imaginamos llena de iniquidades, como una hechura diabólica. Y la mayoría de las veces, en efecto, se trata de una marmita que hierve en el Infierno. Huele a azufre. No obstante lo dicho, y lo que aún dijéramos para agotar el tema, el verdugo siempre es más desgraciado que culpable. *Víctima entre sus víctimas.*

Y si han tenido numerosos detractores, cuentan también con un elocuente apologista: Mr. de Maistre, un señor muy puesto en razón. De Maistre supo distinguir entre la causa y el efecto. El verdugo *ejecuta*: su acción automática, mecánica, como el funcionamiento de la horca o de la guillotina, le ensangrienta, es cierto, *pero él no mata.*

...Finalmente, ¡hay tantos verdugos que ejercen sin título y torturan sin máquina! A cada instante topamos con sayones que azotan sin arremangarse los brazos flageladores.



* * *

El verdugo de X., pueblo dormido en la paz campesina, era un verdugo aborrecible *per se*, aparte su ministerio nefando. Era un verdugo que, *de posteriori*, había incurrido en una inmensa culpa. Había matado *fuera de funciones*.

Los seres excluidos del trato social se buscan y se encuentran porque se necesitan, aunque estén lejos. La incomunicación forzosa les aviva el paso para comunicarse salvando enormes distancias. Entre X., pueblo medio campesino, y A., pueblo medio burgués, había una distancia mucho mayor que entre esas dos letras del abecedario; mucho mayor que entre los respectivos verdugos y sus familias, atraídos por la común desventura y desamparo. Hacían largas jornadas para entrevistarse y consolarse. El mundo, al apartarlo de sí, los había unido con estrechos vínculos de un afecto y adherencias de un apego que en el fondo eran táctica defensiva. Se juntaban en pelotón al modo de bestezuelas asustadas bajo la tormenta. Yacían en el estercolero de su ignominia. Les obscurecía la sombra envolvente del cadalso.

El verdugo de A. se había casado a punto de serlo con una mujer a quién llamaron *la verduga* desde el matrimonio. Esta mujer no era fea, según podría creerse dada su elección de tal hombre, sino agraciada, inteligente y amable. Una buena moza, perdida en el horroroso connubio, pues entregarse a un desclasificado, siquiera sea mediante la Iglesia, obliga a participar de su deshonra. Tuvieron una hija. Esta hija huía de los padres.

Los dos verdugos, con sus coronas de maldiciones, pasaban entre la multitud como dos demonios coronados. La gente hacía la señal de la cruz; pero ellos se buscaban y se encontraban. De tanto buscar el verdugo de X. al verdugo de A., encontró a *la verduga*.

Esta sufría al lado de su cónyuge penas atroces. Participaba de su vergüenza y recibía sus malos tratamientos: insultos, palizas soberanas, repelones, pateaduras y zarpazos. La infeliz solía decir a las pocas personas con quienes hablaba:

—Yo no quiero a «mi verdugo».

No le quería, ni podía quererle; pero quiso «al otro», que se le mostraba enamorado y complaciente. Lo quiso, porque lo necesitaba. Su fatalismo les aproximó. Los amores y los odios de «los descartados», resultan fatales.

Lo que había de ser fué. Fué una caída fácil, rápida, vertiginosa, en la noche, buena amiga de los verdugos y las aves agoreras. Luego las caídas, todas nocturnas, menudearon hasta no

poder contarse. Cada una aflojaba un poco más las ligaduras que unían a la mujer con uno de aquellos hombres y apretaba las que la unían al otro. La alejaban de un tablado y la aproximaban al otro tablado.

El verdugo de X., viudo, tenía varios hijos que huían de él, como la hija del verdugo de A. evitaba la presencia de sus repulsivos engendrados. Celoso en extremo, le había dicho muchas veces a su querida mientras se extraviaban y descendían en las tinieblas:

—Con él, lo que sea preciso, puesto que no hay remedio. Junta tu carne a su carne; pero no tus labios a sus labios, ni menos tu alma a su alma. Me pertenece. Con otros, nada en absoluto. Serás mía, mía, sólo mía,—agregaba con el ansia loca de posesión de los totalmente desposeídos—o no serás. Si me traicionas, te mato. Matar es mi oficio, y lo sé a maravilla.

Estos obreros terribles se muestran orgullosos de su obra. Cuando despachan un reo en forma perfecta, su arte les da una sonrisa de triunfo. Y se aplauden y suelen decir: ¡Qué golpe maestro! El de X. usaba tarjetas ¡colmo de los colmos! y al pie de su nombre se leía en ellas: *primer verdugo*.

La verduga prometía, enajenada:

—Tuya, sólo tuya. Nuestro lecho nupcial ha sido el patíbulo ensangrentado; testigos, las sombras de los reos que ajusticiaste. No he cambiado de lecho al cambiar de tirano, pero tu ti-

ranía es dulce y tu amor me consuela de las crueldades de mi monstruo. Prefiero tu patíbulo.

Y, para demostrárselo, le mordía, rabiosa, el cuello. Y él no protestaba, habituado a sus caricias de cubil.

Los celos inmotivados atormentaban al verdugo de X., que veía visiones. Por donde quiera, su desconfianza suspicaz le fingía rivales. Y su primogénito vino a ser la personificación de sus celos sin causa. El joven se ausentó huyendo de su padre y, sin embargo, el celoso siguió en su locura, cada vez más irritada, más desmedida. Entre beso y beso, decíale a la coima:

—¡Cuidado! Sé que me haces traición. Recuerda mi amenaza. Si me engañas con mi cachorro, te mataré.

Protestaba ella:

—Tú, sólo tú. Para mí no hay otro hombre. Los demás no son hombres. ¡Verduguito mío!

Pero el verduguito, en ausencia del mozo que le traía a mal traer, criaba y acrecentaba sus sospechas, hospedadas como sierpes venenosas en su pecho. Expiaba a su querida, y afirmaba que le era infiel con el pensamiento y que recibía cartas y mensajes del ausente.

Dió luego en la manía de imaginarse que también andaba la verduga en malos tratos con otros apetitosos de su mústia belleza, próximos al cadalso porque se acercaban a las familias de los dos verdugos.

Ella se indignaba:

—¡Eres incorregible! ¿Necesitas más pruebas de mi amor? Dime cómo he de probártelo. A nadie sino a tí quiero. Tú eres mi hombre, sólo tú, verduguito mío...

Y le mordía para quitarle las dudas, como una leona a un chacal.

Pero no se las quitaba. En la aridez espantosa de los dominios del patíbulo, los amores degeneran en frenesí salvaje. Son vampiros que devoran y matan.

En fin, para no prolongar la monotonía de este relato, una noche de delicias patibularias, al cabo de ellas la mató magistralmente. El crimen fué muy comentado en su tiempo por la posición del victimario y la víctima.

Dijose que un verdugo no tenía derecho a estar celoso, ni aún enamorado; que el amor y los celos eran privilegio de la plebe y el verdugo era menos que plebe. Se les negó esta posibilidad a las gentes aceptadas, correctas, honorables. Sentóse la tesis de que burguesía y aristocracia experimentan en menor grado la tortura de Otelo, un mal de Africa... Pero en cuanto a los verdugos, quedó establecido como axiomático que no podían en manera alguna enamorarse y encelarse. ¿Pues no estaban fuera de la humanidad? ¿Se había de admitir que sintieran humanas pasiones? Tampoco Mr. de Maistre, su apoloquista, ha aclarado este punto obscuro. El ejecutor de la justicia no tiene alma, o la tiene dada a Satanás.

La misma doctrina estableció sobre bases de sólido raciocinio el abogado defensor del verdugo de X.; defensor por fuerza del deber profesional. Despachó el asunto en pocas palabras. Oid las fundamentales:

—Señores magistrados: Ved aquí un caso nunca visto. Un ex hombre sintióse hombre, se encendió en celos, pasión eminentemente humana, y mató a su querida, la mujer de otro ex hombre. Los celos eran imaginarios; pero él les dió realidad en su mente febril, enferma... Volvió a entrar en nuestro rebaño para hacerse asesino. ¿Pueden admitirse como posibles, como racionales, los celos de un verdugo? Ruego, no obstante todo esto, a la Sala que tenga en cuenta las determinantes del crimen y que se muestre piadosa con ese desgraciado cuya desgracia invoco para atenuar su culpa.

La defensa parecía una acusación. La acusación no tuvo entrañas. La conciencia social se desahogó en ira.

—Matando, el verdugo de X. no ha sido sino verdugo; verdugo hasta la hartura. Ha matado por instinto de fiera acostumbrada al desgarramiento, a la trituración...

Alguien, entre el auditorio, pensaba:

—¿Y quién le ha acostumbrado sino su oficio?
¿Y quién le ha dado el oficio?

El acusador negó después terminantemente que el verdugo de A., tuviera concepto ni atisbo de lo que significa el honor. Su colega no había

podido deshonrarle; ya estaba harto deshonrado. Las ideas y los sentimientos se invierten cuando se trata de ex-hombres.

Los jueces dijeron la última palabra:

—«Fallamos que debemos condenar y condenamos a muerte en garrote vil al verdugo de A.» ¡Un verdugo condenado a muerte! ¡Qué colmo! ¡qué redundancia homicida! Invertidos los términos del dilema, el sujeto se trocaba en objeto. Le condenaba la vindicta pública, de la que él era la mano armada para matar en nombre de la ley. No podía ir más lejos la lógica jurídica.

Y acudió a presenciar la operación una muchedumbre agitada y revuelta como río que se desborda.

Llamaron al verdugo de X. para que ahorcase al de A. Aquél se presentó en el patíbulo revestido de su triple carácter de verdugo, vengador y víctima, tres v escritas en rojo. Jamás se vió un drama tan intenso: Los espectadores temblaron. Iba a producirse el rayo de la ejecución capital en condiciones verdaderamente extraordinarias.

El verdugo de X., cumpliendo a regañadientes la fórmula cristiana, preguntó a su compadre:

—¿Me perdonas?

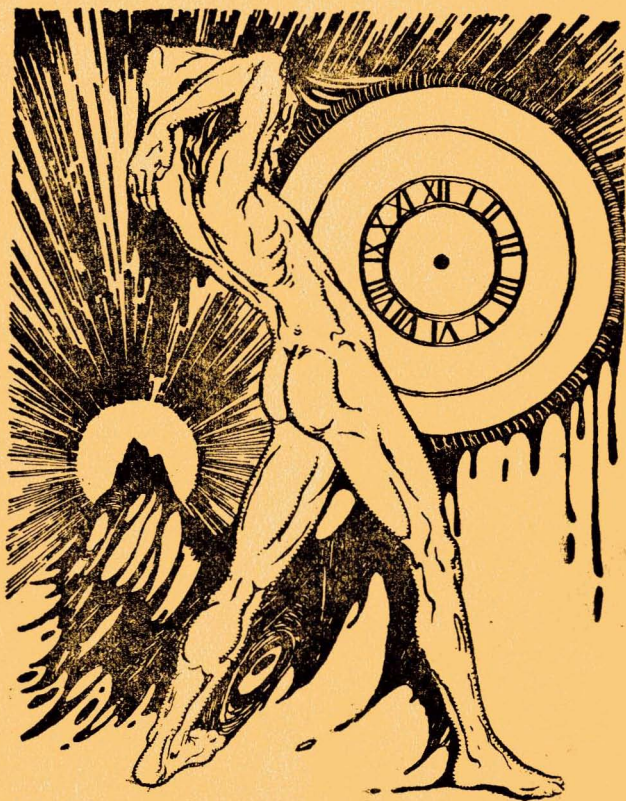
El verdugo de A. sintió en el trance supremo todo el orgullo de su maestría de matador, la

..... LOS DOS VERDUGOS

vanagloria del cadalso y respondió con voz entera:

—¡A lucirte! Buen ánimo, mucho pulso y mucho tiento. Si me matas bien, te perdono...

El loco que todo lo vió y lo supo



*Para Agustín Millares Cubas,
fraternamente.*

¡Extraña demencia la de aquel loco! Consistía en acercar el pasado y hacerlo presente y revivirlo trocando en actuales las cosas, los hechos y los personajes más remotos: una inversión o reversión cronológica, que le hacía contemporáneo de los grandes héroes, y los grandes mártires, testigo presencial de los grandes advenimientos y las grandes revoluciones... Todo era actualidad para su evocación aproximativa: no existían para el loco las edades antigua, media ni moderna.

Había visto a Jesús en la cuna donde nació humilde el Cristianismo, y afirmaba que le había adorado con los pastores en el establo de Belén, que había formado parte del séquito de los Reyes Magos venidos del Oriente. Entre las joyas de su regio tesoro, yo ví—decía—, una estrella, un brillante brillantísimo que quise robarles y no pude; estaba muy alto... Daba detalles minuciosos acerca de la infancia del Dios niño, y decía también que había formado parte del cole-

gio apostólico, y que los apóstoles no fueron doce sino trece, incluyéndose él, muy amigo del dulce Juan, enemigo de Judas Iscariote... Ya desenfrenada su locura de retroceso, aseguraba haber presenciado todos los episodios de la Pasión, haber acompañado a Jesucristo al pretorio y al Gólgota.

--Aquella tarde,--puntualizaba--descargó una furiosa tormenta. Cuando Cristo murió, tembló el suelo y se abrieron los sepulcros; las piedras se entrecharon, el Sol se cubrió la cara... (El loco, en su insano delirio, orgía de la memoria, ajustaba sus relatos a la letra de las Santas Escrituras). Aquel año—concluía diciendo—, la cosecha de cereales fué muy escasa en Judea. Los recaudadores romanos se vieron y se desearon para lograr que se cumpliera el mandato del Maestro: *dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César...* Tiberio se mostró inflexible. Hubo, por esta causa, lágrimas en muchos hogares.

—Yo estaba al pié de la cruz en el momento de expirar Nuestro Señor. Me estremezco al recordarlo. Eran las tres en punto del horario de ahora. Ví a un centurión que caía de rodillas como herido por un rayo, y se encendió en el cárdeno horizonte una inmensa llama, simbolo de la Fé que iba a conquistar el mundo. Una mujer gritó, aterrada: ¡Tú no has muerto, Señor, hemos muerto nosotros!

—Pepe era una bonísima persona,—testificaba.

—¿Cómo Pepe?—exclamaban los otros escandalizados.

—Si, José, el carpintero de Nazareth, padre putativo de Jesús. No había en toda Galilea mejor ebanista que aquel santo varón, llamado a tan sublimes destinos. Le traté mucho. Fuimos buenos camaradas. La mesa de mi despacho, un mueble precioso, estilo Renacimiento, es obra suya...

—¡Vaya una broma! reían los alienados, sus compañeros.

—No, no es broma. Ese mueble acredita la maestría y el buen gusto de Pepe el de Nazareth.

—Conocerías también a la Virgen, Nuestra Señora. Dinos: ¿era rubia o morena?

—Rubia como el trigo en Agosto, respondía sin vacilar. Hermosa, con una hermosura que nada tenía de humano. Me parece que la estoy viendo. Todos los corazones ardían junto a ella en amor divino...

—¿Y Magdalena? ¿La conociste? ¿Morena o rubia?

—¡Oh, María de Magdala!—describía el demente poniendo los ojos en blanco. Rodó por los caminos de Palestina como una tentación invencible. Pero esa no era rubia, sino trigueña con cabellos blondos y ojos azules. ¡Una real moza!

—Escuchad, amigos. Cierta mañana, acompañando yo a Jesús, el maestro de los apóstoles, mi maestro, vimos venir hacia nosotros a Magdalena. Estaba hermosísima. Suelos los cabellos

undosos, flotante la blanca túnica, la mirada penetrante como un dardo de amor y de piedad; aquella hembra seductora, a quien había transfigurado la conversión, cayó a los pies de Cristo. Su cabellera, opulenta como la mies madura, la envolvió y envolvió las plantas sagradas... Nos enriqueció aquella lluvia de oro... Y dijo Magdalena:—Señor, ante tí humillo mi carne, anorado mi belleza. Todo lo que fué en mí orgullo de mi sexo y ofrenda al pecado, quiero que tus plantas lo huellen. Acepta mi tributo, porque ya no soy más que corazón; corazón para amarte.

El Maestro inclinóse sobre la arrepentida y, con una voz que llamaré luminosa, no puedo darle otro nombre, una voz sideral bajada de los cielos, fulgurante, esplendente, la iluminó.

—Vienes a mí, ovejuela descarriada. Yo, el Pastor, te buscaba y no te rechazo.

El loco, cristianizado por su permanencia mental y sentimental en Tierra Santa, por su cooperación imaginativa en la obra del Redentor, acariciaba con los ojos y con los labios el Evangelio, esa divina pasionaria, y decía:

—Yo lo ví nacer milagrosamente en aquel desierto...

Y cristianizaba a su vez el manicomio, donde existía mucho paganismo en palabras, costumbres y hechos. A una loca que había amado con superabundancia dándose toda a los hombres cuando fué cuerda, logró convertirla rápidamente.

—Magdalena, Magdalena, arrodillate,—le

ordenaba imperioso. Abandona los senderos del Diablo. Desata tus cabellos de oro, una riqueza maldita; córtatelos como si fueran toisón de oveja sacrificada, y entrégalos a los caprichos del aire de la primavera, ese infame seductor, tu cómplice...

La loca obedecía. Puesta de hinojos hundía sus manos en el tesoro capilar, y arrancaba a puñados los áureos hilos de la madeja suntuosa. Luego los daba al viento, que parecía tan loco como ellos dos. A un enagenado pacífico, presa de monomanía infantil, le predicaba la guerra en nombre del que predicó la paz.

—¡Mueran los herejes! ¡Mueran los judíos! Arrasemos la mala simiente, extirpemos la cizaña; en las venas abiertas de los surcos hagamos correr la sangre de la redención. Para sembrar la vida hay que emplear el instrumento de la Muerte, una hoz afilada como la luna nueva.

Y el catequizado voceaba por los corredores, blandiendo una caña:

—¡Mueran los judíos! ¡Mueran los herejes!

Y el coro de vesánicos repetía:

—¡Mueran! ¡Mueran!

Más lejos aún en el tiempo pretérito aproximado, el loco afirmaba entre protestas de sus compañeros de encerrona que había acompañado en su escapatoria de la casa paterna al mansísimo Buda, cordero que quitaba los pecados del mundo, como Jesucristo. Y que había seguido los pasos de Confucio, de quien decía que era

un filósofo y un moralista excelso, pero no una encarnación divina.

—¡Estás loco!—gritaban los locos.—Si conociste a Jesús, no pudiste conocer a Buda ni a Confucio. Muchos siglos los separaron.

—Para mí no existen los siglos—les argüía. Ya lo creo que pude conocer a Buda, a Confucio y al Nazareno; he estado en todas partes, en todos los tiempos he vivido... Yo soy el espectador inmutable de la historia; soy su viviente testimonio...

Y era cierto. Navegaba aguas arriba por la corriente de las centurias sin salirse de la hora ni el minuto de la vida actual. Erudito, además de loco, había buceado en innumerables bibliotecas. Su erudición le perturbaba; su locura le hacía incurrir en asombrosas contradicciones. Solía ser fanático por la mañana e incrédulo a la tarde...



Actualizaba completamente otros sucesos menos antiguos.

—Yo entré en Roma con los bárbaros. Fue una invasión de demonios enloquecidos. ¡Cómo graznaban los gansos del Capitolio!

—¡Pero si eso sucedió hace muchos siglos—le objetaban.

—Para mí los siglos no existen,—tornaba a replicar, furioso.

Era cierto. Personificaba a Cronos, sin cordura (verdad que Cronos no fué cuerdo jamás. Cuanto más viejo, menos sensato.)

Un día dijo el Orates a sus camaradas de ciansura:

—¿No lo sabéis? Galileo Galilei (este Galileo nada tiene que ver con Jesucristo), un amigo mío de la infancia, ha hecho un gran descubrimiento. Ha descubierto que la tierra se mueve en el espacio que gira alrededor del Sol... *E pur si muove...* Yo lo sospechaba, y se lo había insinuado en nuestras conversaciones sobre el tema. En rigor, yo soy el verdadero descubridor. Sin embargo, le telegrafiaré la enhorabuena de todo este ilustre manicomio.

Y redactó el siguiente telegrama:

—«Signor Galileo Galilei—Pisa o Florencia. —Nuestro pláceme y mi abrazo. Hoy es fecha gloriosísima para la humanidad».

Otro día dió en la tecla de asegurar que la noche antes había habido en Paris una terrible matanza de herejes, y clamaba indignado que, aunque él era muy católico, no le gustaba el procedimiento.

—Cónste mi protesta—, exclamaba.

—¿Por dónde te vino la noticia?—le preguntaron.

—Acaba de telegrafíarmela mi amiga Catalina de Médicis. El almirante Coligny ha sido asesinado.

¡Eso es inicuo! ¡espantoso! Dios no quiere

que el pecador muera, sino que se convierta y viva...

Y redactó este otro despacho telegráfico:

—«Catalina de Médicis—Paris—No puedo menos de significar a V. M. mi más enérgica reprobación por las matanzas de la San Bartolomé. ¿Qué vamos ganando con matar a los hugonotes? Más valdria tratar de convertirlos y salvarlos».

—¡A ver! ¡Que lleven esto inmediatamente!

—Estás loco, —volvieron a decirle los locos. Ni estamos en el siglo XVI, ni en aquél siglo se conocía el telégrafo.

—Yo lo había inventado, y bien lo conocía... Esperó durante muchos días la respuesta, que, naturalmente, no llegaba.

Entonces el loco, muy resentido, gritó que la de Médicis era una mala pécora.

—¡Catalina... Mesalina!

Y anunció que iba a tomar la diligencia de Francia para ir a decírselo a la propia Catalina en el propio palacio del Louvre, donde tenía entrada libre.

Los otros locos *se lo quitaron de la cabeza...*

—¿Porqué no tomas el ferrocarril?

—No había ferrocarril en aquella época. Yo lo inventé un poco más tarde...

—Pues espera a que lo inventes...

Otro día, de pronto, sin insinuaciones preparatorias, anunció que un señor llamado don Cristóbal Colón, se proponía emprender un viaje arriesgado y penoso por mares desconocidos con

la idea de descubrir tierras que habían de completar la unidad del globo terráqueo, *este globo indecente*, concluyó haciendo una mueca despreciativa.

—Ya sabía yo con certidumbre lo que sabe don Cristóbal; pero no valía la pena intentar ese viaje en busca de nuevos territorios. Bastante tenemos con los que tenemos...

—Sin embargo, tentado después por la novedad de la aventura, quiso irse con don Cristóbal y le escribió una carta así concebida:

—«Señor don Cristóbal Colón (marino) —En Génova, Cogoreto, o donde se encuentre — Señor mío, admirado e intrépido: Noticioso de que usted proyecta embarcarse para países ignorados, y deseando formar parte de la expedición, le ruego me admita abordo de su barco. No se preocupe usted de mis alimentos; proveeré con lo mío, pues dispongo de un mediano pasar, y aun podré ayudar al costo de la desafortunada empresa. Si ello no fuere de ningún modo posible, espero de su amabilidad, me recomiende a uno de los señores hermanos Pinzones, cuyas manos beso respetuosamente, a fin de que me contraten en una de sus carabelas. Iré, aunque sea de grumete. Estoy decidido a no quedarme en tierra cuando se trata de descubrir tierra. Conteste a la dirección del insigne manicomio donde tiene un amigo y admirador...»

—¿Porqué le escribes a don Cristóbal, en vez de telegrafiarle como a doña Catalina?—Interrogaron los dementes.

—Porque el telégrafo no es vía segura. Ade-

más el señor Colón merece un mensaje adhesivo de mi puño y letra.

Pero el más original de los rasgos y gestos del loco, se lo inspiró el recuerdo histórico de la Revolución Francesa.

Una mañana se despertó dando voces que pusieron en alarma al manicomio entero.

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Granujas! ¡Canibales!—vociferaba poseído de imponente furia ¡Ya os la veréis conmigo!

Acudieron a ver qué ocurría los loqueros y dos o tres locos.

—¿Qué pasa?

—Algo horrible. La convención, esa asamblea de facinerosos, ha condenado a muerte a Luís XVI.

¡Pobre Luís! Ha triunfado el infame Robespierre...

Y escribió otra carta:

—«Señor don Maximiliano Robespierre—Paris (en casa del carpintero Duplay). Se ha consumado, por culpa de usted, la mayor iniquidad de los tiempos. Luís es un inocente, un bendito; no puede morir, no debe morir. Yo salvaré al rey. ¡Señor don Maximiliano, es usted un miserable!

—¿Porqué le escribes a don Maximiliano? ¿Porqué no le telegrafías?—volvieron a interrogar los locos.

—Robespierre es digno de leerme sin intermediarios. Es el gran Mónstruo. Cuando tenga

que dirigirme al Diablo, le escribiré: no le telegrafiaré.

Pensó en mandarle padrinos. Designó a dos de sus compañeros de infortunio y les pidió que fuesen sin perder minuto a París, buscaran a Robespierre donde quiera que estuviera y le propusieran un duelo a muerte.

—¡A cinco pasos avanzando! Ni un paso más, ni un paso menos. Y si se niega, matádle. Nada de contemplaciones con ese tigre...

—Para ahorrar tiempo, tomad el ferrocarril —agregó.

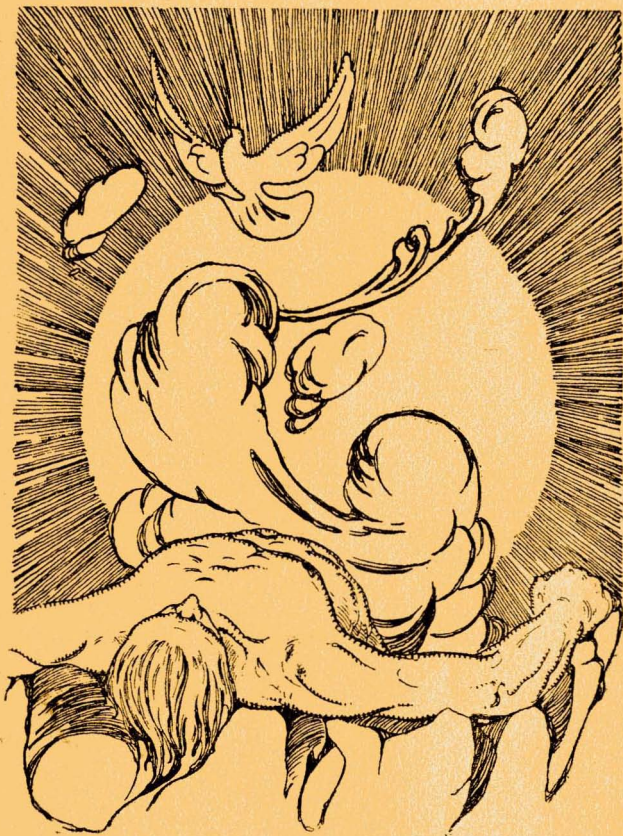
Por último, cayó el loco en un pesimismo horrendo.

Al contrario de Pangloss, parecióle que todo marchaba mal en el peor de los mundos posibles. Después de haber vivido toda la historia humana, afirmóse en creer que el hombre es un feo, malo y sucio animal, sin enmienda ni rescate. ¿Para qué seguir viviendo, después de haber vivido tanto y tan sin fruto?

Dirigió a Dios una carta redactada en estos términos:

—«Muy Señor mío, de todos mis respetos. La pesadumbre del Tiempo me aplasta. Cansado de ser y no ser, de querer y no poder, de buscar y no encontrar, presento a Vuestra Omnipotencia la dimisión de mi vida con carácter irrevocable.

Postdata.—No intente Vuestra Omnipotencia disuadirme de mi propósito. Sería inútil. Está demasiado maduro.»



Y se suicidó, dejando escrita otra carta en que decía lacónicamente:

—A nadie se culpe de mi muerte, sino al Ser Supremo.»

Esta vez no utilizó la comunicación telegráfica ni el vehículo postal, porque—decía,—«Dios vive muy lejos». Confió su epístola para Dios a una paloma mensajera, en la que su última alucinación vió la paloma mística emisaria de los cielos.

Y le dijo:

—¡Anda, sube, vuela, palomita del Espíritu Santo!

El niño que murió por amor al Niño Jesús

*A Luis Doreste, poeta excelente,
amigo excelentísimo.*

I

Cuando nace Dios, todos nacemos o renacemos. Renacimiento son las dulces memorias de la infancia buenaventurada en que nos sentimos nacer al mismo tiempo que Jesús nacía. En la cuna del Niño, sin cuna, nos arrullaron nuestras madres; al abrigo del Santo Pesebre vimos venir la Vida, que entraba en nosotros como una hermosa mensajera, las manos llenas de primicias. Y hasta la hora final nos acompaña el canto de la Pascua.

Al renovarse esta fecha grandísima, revoloteo de alas angélicas nos renueva el ambiente

del espíritu trayéndonos el aire purificador de la primera Noche Buena que comprendimos y gozamos... La rosa mística de la Salutación abre sus hojas aromadas por los incensarios.

Nacer, o renacer: no hay otro problema. Lo que es, nace, porque está viviendo, volviendo... En una Noche Buena, cuando todos nacen o renacen, murió un pobre zagalillo cuya inocencia blanqueaba más que los vellones de sus cordeiros, víctima de su amor inconsciente al Hijo de Dios recién nacido.

He aquí como sucedió el caso lamentable.

ver entonces al rapaz, corriendo, saltando, revolcándose, todo vestido de lanas como un faldero. Guardaba, sin embargo, en todos sus juegos y alborozos, un fondo de tristeza indeterminada; *la aspiración a volar, a fugarse...*

Era aquel niño *gloria in excelsis...*, allá, en lo excelso de la naturaleza, perdido como un cordero más entre el ganado que su padre pastoreaba. Y su padre, el pastor, llamado Pacífico, buen ejemplar de una raza siempre soñolienta, marchaba con paso tan moroso tras de sus animales, que muchas veces se le distanciaba longamente el hato, y entonces daba grandes zancadas para alcanzarlo y conducirlo en orden y rectitud. El chico corría sobre sus huellas lloriqueando:

—¡Aspéreme, pare!

Se volvía el pastor, y lo cargaba sobre sus hombros, ¡como un corderillo enfermo!

Enfermo estaba, porque «padecía» visiones celestiales, la enfermedad de los ángeles próximos a ser repatriados. La patria de esos niños precoces, tristes, visionarios de un más allá maravilloso, no es la tierra. Tienen alas invisibles; cuando andan, creyérase que van a levantar el vuelo. El zagalillo apuraba a sus padres con preguntas desconcertantes, impropias de sus siete años:

—¿Dónde vive Dios?—les interrogaba—yo quiero verlo, y que me coja en brazos, como usted, *pare...*

fijo y único; después su mirada se extraviaba en el espacio... Parecía atender a una voz que él sólo oía...

La víspera de Navidad, plantado ante su padre, le dijo con su lengua insegura:

—*Pare*, yo quiero llevarle al Niño Dios una ovejita...

Conmovióse la rustiquez del patán, y tuvo una iluminación súbita; miró atentamente al pequeño, y le replicó:

—No es necesario que lleves ninguna. El Hijo de Dios va a nacer; pero todos somos hijos de Dios... Tú y yó, y los corderos, y los mastines, y los cabritillos... Hasta los granos de las panojas... ¡Todos, todos, todos!

La madre, más comprensiva por más sensible a la belleza y la poesía de lo que engendrara, asintió.

—Sí, le llevarás una ovejita...

Y el abuelo, que estaba en un rincón hecho un ovillo, temblando bajo su manta de invierno, añadió por su parte esta sentencia profunda:

—Tú eres un cordero. Irás al templo, y te ofrecerás tú mismo, amorosamente. Le dirás al Niño Jesús: ¡yo soy un cordero pascual!

El niño no oyó más que a la madre.

Era su cuna un hueco entre las pajas del establo, donde les cogía el sueño abrazados estrechamente, mezclando los alientos. Aquélla sería, y ninguna otra. El niño adivinaba que, cuando se hace una ofrenda a lo más augusto, debe darse lo más amado. Y preparó y adornó a la ovejita para que se presentase sin tacha ni mácula ante el rey de los pastores. Le limpió los finos vellones nacientes, la peinó, la rizó, la acicaló, púsole al cuello una cinta azul que, por seguir la broma, le dió su madre. ¡Corderos de Dios, dispuestos a dejar el aprisco!

—Mare—dijo el zagalillo a la pastora—ven a ver la corderita del Niño Jesús.

Y fué a verla la madre, y encantada de tanta gracia e inocencia, siempre por seguir la deliciosa farsa pastoral, le preguntó:

—¿Esa es la que llevarás, borreguito mio? Bien elegiste. Bien sabes...

Aquel año la Pascua cristiana entró entapujada, torva, sombría, con ganas de llorar, como si desde la fecha del Nacimiento anticipase el duelo de la Pasión y Muerte. ¡Lúgubre Noche Buena! Faltaban esas claridades siderales que, por lo común, esmaltan las visperas solemnes del catolicismo. Lloviznaba; corría un airecillo frío, murmurador y travieso, que se colaba como un duende malo en las cabañas; los perros aullaban fatidicamente. Hasta la montaña donde tenía su cobijo aquella familia pastorera, llegaban, sin embargo, muy debilitados, muy desvanecidos, los ecos de la zambra y bullicio que ardían

en el fondo del valle, y las sombras se aclaraban con serpenteo luminoso de cohetes, con chispazos de hogueras... Las campanas de las aldeas de la comarca voceaban, enloquecidas, el júbilo de la cristiandad. Por las cumbres sonaban notas eclógicas de zampoñas y rabeles... Voces gemebundas que querían ser gozosas, cantaban allá lejos: *Venid pastorcillos...* Volaban los villancicos pascuales como jilgueros en busca de sus nidos.

El niño, en carácter, mostrábase *alegre como unas Pascuas*, aunque aquellas Pascuas no lo serían. La Navidad se había hecho luz en su alma. Todos los astros del cielo, ocultos por las nubes, y todos los cirios del Retablo, se habían encendido en su interior, ¡cuántas lucecitas! Desde temprano los padres se pusieron en marcha para asistir a la Gran Misa, pues la iglesia más próxima estaba distante.

Sin sospechar—¿cómo podían sospecharlo?— la travesura sublime que proyectaba aquel ángel, salieron confiándolo al cuidado del abuelo que, a poco, dormitaba en su rincón, como una marmota.

Echóse el niño al campo y apenas traspuso la pequeña zona protectora iluminada por el fuego invernal de la casaca, cayó al abismo de la noche... Pertenecióle: dejó de pertenecerse. Caminaba descalzo, sin sombrero, los cabellos blondos y anillados al viento glacial que los aborrecaba y a la lluvia menuda que los humedecía con sus lágrimas inclementes, arrecido bajo su

zamarra, de piel de oveja... Iba por el filo de los montes siguiendo las veredas que transitaba durante el día y que a aquella hora la tiniebla borraba: senderos angostísimos y pedregosos abiertos sobre barrancos enormes... Llevaba consigo la corderita, unas veces a cuestras, otras en sus brazos, tan débiles que se vencían a un peso tan ligero. Avanzaba a tientas, sin ver... La Navidad se había hecho luz en su alma; pero no le alumbraba el camino. Pronto le sobrecogió el miedo, ese pavor oscuro de la infancia a lo desconocido. De cuando en cuando, para infundirse ánimos, gritaba:

—¡Aquí va la corderita del Niño Jesús!

Quiso retroceder, y no encontró la senda conductora. Siguió adelante oprimido por la angustia, alucinado por el espanto, perseguido por los fantasmas de las consejas pueriles, brujas, vampiras, trasgos, demonios, ladrones mal encarados, lobos devoradores... La Navidad, hecha luz en su alma, no le iluminaba el camino; pero él no veía ya... El contorno de una roca, siniestra en la negrura, parecióle un mónstruo desaforado, y gritó reuniendo sus fuerzas, casi agotadas:

—¡Ay, pare, mare!

Balaba la corderita, asustada también... La noche se había vuelto ciega y sorda. El niño corrió como una hoja que se llevara el viento. La Navidad hecha luz en su alma no le iluminaba el camino, resbalaron sus piés...

Las tinieblas se abrieron como las aguas silenciosas de un lago para recibir aquellas dos

∴ EL NIÑO QUE MURIÓ POR AMOR AL NIÑO JESÚS ∴

víctimas blancas y puras, más tiernas que las víctimas propiciatorias de los sacrificios paganos. Nadie presenció la catástrofe. Si alguien la hubiera presenciado, sólo habría oído un grito agudo, lacerante, indescriptible, que lanzaba en la lobreguez nocturna este santo nombre: — *¡mare, mare!*; como un balido humano, y sólo habría visto agitarse en la profunda obscuridad, el albor de la ovejuela que caía como un gran copo de nieve...

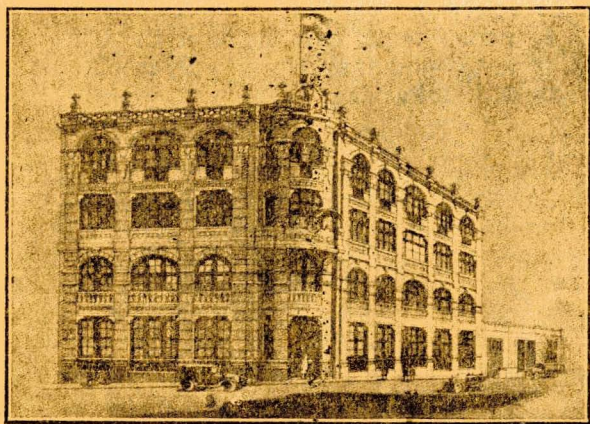
La noche tenía cara de asesina. En aquel punto rasgó su manto negro, y apareció una estrella en lo infinito...

Gran Fábrica de Tabacos y Gigarrillos "Águila Tinerfeña"

Manuel Morales Clavijo

Suárez Guerra esquina a Pérez Galdós

Teléfono núm. 176 dpo.-- Santa Cruz de Tenerife



Vista general de la Fábrica

Fabricación general

Especialidad en labores finas

Escrupulosa higiene en los talleres

¡¡Pedid siempre productos de CLAVIJO!!

Leed

LA ROSA DE LOS VIENTOS

revista mensual

de vanguardia

RESERVADO

para

TRIAS

FIESTAS DE MAYO

de 1928.

en Santa Cruz de Tenerife



Este año han de ofrecer extraordinaria brillantez los festejos que la Comisión nombrada por el Excmo. Ayuntamiento está preparando muy activamente. Habrá:

Fiesta Infantil.-Id. Patriótica
Id. de la Primavera.

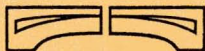
Id. Literaria.-Gran Cabalgata.
Concurso de Bandas.

Corridas de toros.-Fiesta deportiva
Verbenas populares

Gran fiesta marítima

Exposición de Artes y Oficios
Id de plantas y flores.

Magníficos conciertos, etc. etc.



“EL AGRICULTOR”

Semanario defensor
de los intereses
agrícolas, comerciales y
mercantiles
del Archipiélago



¡Compre usted
“El Agricultor”!

Privilegios del suscriptor

Nos proponemos publicar de vez en cuando números excepcionales con mayor cantidad de páginas o dibujos.

*Estos **extraordinarios** que, como es natural, tendrán un precio más elevado, llegarán sin embargo a manos de los suscriptores como otro número cualquiera de los corrientes.*

El primer extraordinario que tenemos en preparación será seguramente muy del agrado de todos nuestros lectores.

Se admiten suscripciones y anuncios en el establecimiento de J. Bethencourt Padilla. Calle de Pérez Galdós.

Novelistas Canarios

publicará en su próximo número:
FUEGO EN TU CASA, por "Jacinto Terry"
Ilustraciones de Francisco Borges.

Fred, Olsen Line

Línea de vapores fruteros

Salidas del mes de Marzo

==== Londres ====

Día 17.—Vapor BURGOS

Día 21.—Vapor BUENAVISTA

Día 24.—Vapor SAN MATEO

Día 28.—Vapor SAN JOSE

Día 31.—Vapor SAN LUCAS

==== Dieppe ====

Día 17.—Vapor BURGOS

Día 24.—Vapor SARDINIA

Día 31.—Vapor SAN ANDRES



Alvaro Rodríguez López

Oficinas: Marina, 12.—Teléfonos: 529--514.

Santa Cruz de Tenerife

!PRIMERO
CALIDAD!
¡LUEGO
ECONOMIA!
PERO...

Si se reunen calidad y econo-
mía. . .

Compare nuestros pre-
cios, haga una prueba y no
usará más aceite en su auto-
móvil que los

LUBRIFICANTES
PANHARD
de la
PANHARD-OIL
CORPORATION
NEW-YORK

Agente regional:

Angel E. Marrero
Imeldo Serís 100
Santa Cruz de Tenerife

52

GEN

ieh